NO MAS MUCHACHOS,

ó

EL SOLTERON Y LA NIÑA.

PIEZA JOCOSA EN UN ACTO

ARREGLADA AL TEATRO ESPAÑOL

POR

D. MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

Representada por primera vez en el teatro del Príncipe el dia 15 de febrero de 1835.

Esta comedia está aprobada para su representacion por la Junta de Censura de los teatros del reino en 25 de Mayo de 1849.



MADRID:

Imprenta de J. M. Ducazcal, Plaza de Isabel II, num. 6.

Abril de 1857.

PERSONAS.	ACTORES.
Don Alejo	*Don Antonio Guzman.*
Don Miguel.	*Don Antonio Rubio.*
Anita.	*Doña Josefa Valero.*
Pascual.	*Don José Guzman.*
Gila	*Doña María Cabo.*

NO MAS MUCHACHOS.

El teatro representa una sala que da á un jardin. Verja en el foro.

ESCENA PRIMERA.

ILA *sentada haciendo calceta, y* PASCUAL *entrando.*

ascual. Gila! Eh! Gila! No has oido llamar?
ila. Sí; pero como dijo el amo que hoy no queria recibir á ningun forastero...
ascual. Ya; porque quiere estar solo con su familia. Hoy, esperaba á su sobrino, á don Miguel, mi amo antiguo, con quien estaba reñido hace muchos años. Viene de América con diez hijos.
la. Poder de Dios! Pero si él no tenia mas que una niña...
scual. Toma! Despues acá... Yo me alegro de su venida, porque cuento con su proteccion para nues-ra boda. Mira, mira. Allí está el que llamaba; en a verja... Habrá dado la vuelta. (*Va á abrir.*)

ESCENA II.

DICHOS. DON MIGUEL. ANITA.

uel. Gracias á Dios que nos han abierto.
cual. El es, sí... El es... No se ha desfigurado casi ada, como dice el otro. O yo no me llamo Pascual enteno, ó usted es mi amo de marras, el señor don iguel García...
uel. Quién ha pronunciado mi nombre?
ual. Cómo! No conoce usted á quien tanto ha fa-recido? Yo soy Pascualillo; pues; el que acomodó

usted con su tio don Alejo cuando se fué usted á la Américas.

Miguel. Es posible... Tu aspecto hace renacer en m corazon la memoria de mis primeros años.

Oh justo cielo! Bendigo
tu divina próvidencia,
pues al fin verme consigo,
despues de tan larga ausencia,
en los brazos de un amigo.

Pascual. Amigo! Ah!! Le has oido! Este es el amo de amos. — Supongo que esta señorita es hija de uste

Anita. Sí señor.

Miguel. Esta es mi querida Anita.

Pascual. Vaya si es linda! Y cómo se parece á usted! (*Aparte á Gila.*) Y los otros nueve? (*A don Migu*) Sabe usted que está hecha una muger?

Gila. Tendrá sus trece años...

Miguel. Ya los ha cumplido.

Pascual. Y por qué no se ha traido usted toda la familia? Don Alejo tiene una gana de abrazar...

Miguel. Sí; por fin se digna perdonarnos. Viviré eternamente agradecido á su bondad.

Anita. Pues! Y mamá no queria creerlo.

Miguel. (*A Pascual.*) Mi muger teme recibir un desaire, y nos ha enviado á esplorar...

Gila. Su muger de usted! Pues si nos ha dicho don Alejo que es usted viudo!

Miguel. No hay tal cosa.

Pascual. Sí señor, viudo con diez hijos.

Miguel. Ave María purísima! No tengo mas prole que esta niña, gracias á Dios.

Anita. Sí por cierto: yo soy hija única.

Pascual. Ay, ay, ay! Pues es usted perdido, porque si don Alejo consiente en recibirle, es á causa de la viudez; estamos? y sobre todo de los diez hijos.

Miguel. Qué me dices!

Pascual. Lo que digo. Estaba tan irritado con el casamiento de usted, que ni tan siquiera queria oir hablar de su sobrino, hasta que habrá cosa de un año le dijo un amigo suyo, recien venido del otro mundo, que le habia visto á usted allá... qué sé yo! donde usted estaba.

Miguel. En Filadelfia.

Pascual. Eso! Le dijo que habia visto en Frayadelfa á un mercader español llamado don Miguel García...

Miguel. Ah! Vamos, ya caigo... Ya sé de dónde ha podido nacer su equivocacion. Efectivamente reside en Filadelfia otro don Miguel García... Los *Garcias* abundan por todas partes.

Pascual. Qué, si hay peste de ellos!

Miguel. Aquel es viudo, sí, y padre de diez hijos... Pero rico, y yo no tengo una peseta; negociante, y yo militar.

Gila. No es nada la diferencia!

Miguel. La carta de mi tio venia dirigida á don Miguel García, á secas. Conocí su letra, y no podia sospechar... *(Saca la carta del bolsillo.)* «Todo lo olvido. Tan luego como recibas esta, ponte en camino con *toda* tu familia...» La palabra *toda* está rayada por debajo... Yo creí que se referia á mi muger, y sin vacilar un momento me embarqué para Burdeos.

Pascual. Vaya que es chasco!

Miguel. Y qué haremos, amigos mios? Qué partido tomaré...

Pascual. Hum! Malo lo veo; porque el tal don Alejo tiene una aficion á los muchachos... Para maestro de escuela es el único.

Rita. Bien: aqui estoy yo.

Gila. Valiente refuerzo! El amo no está contento si no se vé rodeado de un rebaño de chiquillas, y un enjambre de muchachos. Hay dias que tiene gusto de reunir en la huerta á todos los de la aldea.

Pascual. Vaya! y para el dia de su santo, que es la semana que viene, les está ensayando una comedia que él mismo ha sacado de su cabeza...

Miguel. Ha dado en esa manía?

Gila. Por comedias se desvive.

Miguel. Comedias él! Quién diria...

Pascual. Toma! Pues si diz que hoy dia cualquier mozcon las escribe! Y verá usted; como la mayor parte de los chicos son pobres y desarropados, ha hecho venir de Madrid una carga de vestidos que tiene allá dentro en un armario...

Rita. (Oh! qué idea me ocurre!)

Miguel. No hay remedio. Vamos á ser muy mal recibidos, y tu madre sobre todo, porque juró no verla

jamás. Mejor será que nos vayamos sin verle.

Anita. No, no, papá. Yo pienso...

Miguel. Qué quieres hacer?

Anita. No sé... pero... Podria haber algun medio..

Miguel. Ninguno.

Pascual. Yo en lugar de usted ni me iria, ni me qu daria.

Anita. Bah! Y cómo nos hemos de ir si nos quedam

Pascual. Oigan ustedes. A media legua de esta gran en Leganés, habita don Claudio Fernandez, qu muy amigo de don Alejo. Usted le habrá conocid

Miguel. Mucho. Fue tambien amigo de mi padre.

Pascual. El puede dar á usted algun buen consej hablar en su favor.

Miguel. Sí; ese es mi único recurso. Pero media gua... He despedido al calesero, y esta criatura podrá...

Pascual. Que se quede con nosotros. Aqui la cui remos.

Anita. (*A Gila.*) Llévame allá adentro y te diré proyecto... Papá, si el cielo se muestra propici á mis votos, quizá cuando usted vuelva encontr aquí la felicidad.

Miguel. Dios lo quiera. Amigos mios, ahí os dejo a Anita. Mirad por ella, y contad con mi agradi miento.

ESCENA III.

PASCUAL. DON ALEJO.

Pascual. Hola! (*mirando á la izquierda.*) Por all viene el amo. Y qué tieso está hoy! Si casi cas an da, como quien dice, con un brazo solo! Con él ie- nen dos mozos cargados de chucherías. Cosme ra un caballo debajo del brazo, y en la palma l mano un navío de tres puentes. Huy! Domingu os pelotas, muñecas, tambores... Qué habrá que d en las covachuelas?

Alejo. (*Llega con el brazo derecho apoyado en un muleta, y el izquierdo en el hombro de un cri lo.*) Poco á poco, poco á poco... Bien. (*Sentándose en sillon, junto á una mesa con escribanía.*) A da

Que coloquen todo aquello sobre la mesa grande, y cuidado con romperme nada! (*Vase el criado.*) Ah! Estás aquí, Pascual! Están corrientes las dos habitaciones que he mandado preparar, una para mi sobrino, y otra para su familia?

Pascual. Sí señor; pero... diez muchachos! Qué va á ser de nosotros? Buena liorna va á haber en esta casa! Digo! Y mi emparrado, mis flores... ya puedo hacerles el duelo. (Hace ocho dias que no las miro tan siquiera.)

lejo. Eso, eso es lo que yo quiero, y me regocijo solo en pensarlo. Ya estoy fastidiado de la calma y soledad en que vivo. Tengo sesenta años de edad; mis rentas ascienden á otros tantos miles de ducados, y no me las puedo comer yo solo.

Pascual. Y quién tiene la culpa? Como usted quiera, á fé mia que no han de faltarle convidados.

lejo. Sí, gentes estrañas; parásitos aduladores. Afuera, afuera zánganos! Cuánto mejor es... Admira mi fortuna, Pascual. Sin saber cómo ni cuándo, y sin poner nada de mi cosecha, me encuentro ahora con una familia ya formada que va á ser mi diversion, mi consuelo, mi gloria. Ocho muchachos, y dos chiquillas! Qué variedad de caractéres! Qué diversidad de gustos, de inclinaciones... La sociedad en compendio. Cuando yo me vea entre ellos... querido, respetado, y sobre todo obedecido... Porque ejerceré sobre mis parvulitos un poder sin límites. Vaya! Esta será una monarquía patriarcal, moderada por juguetes y golosinas.

Cese mi enojo importuno.
Venga Miguel cuando quiera;
venga con su prole entera.
Diez muchachos, ó ninguno!
Si me falta solo uno,
ay, triste de mi sobrino!
hoy le despido mohino...

ascual. Cómo!
lejo. Y mañana...
iscual. Señor...
lejo. Me caso...
iscual. Terrible amor
á los hijos del vecino!

Alejo. Escucha, Pascual. Me ocurre una idea... Monta á caballo, y corre á Madrid... Eh? Qué dices?

Pascual. Digo que si á usted nò le ocurriera esa idea, seria mejor. Tres leguas á escape, y otras tres de vuelta... Me voy á reventar.

Alejo. Perezoso... Pues irás, mal que te pese. En el correo de la Mala habrá alguna carta para mí. Una sola he recibido de Miguel, fecha en Burdeos, pero tan lacónica... Quiero saber cómo es que aun no ha llegado.

Pascual. Toma! Pues si no es mas que eso... bien puede usted sosegarse, que está bueno y gordo. Un poco aviejado...

Alejo. Con que le has visto? Con que estan aquí y no me has dicho una palabra?

Pascual. Es que... Yo le diré á usted... Todavia... (No se ha convenido en lo que hemos de decir...)

Alejo. Acabarás de esplicarte, mameluco?

Pascual. Sí señor, sí. Verá usted. Gila ha estado en Leganés y ha visto á toda la familia en casa de don Claudio. Allí se han apeado para descansar un instante y venir luego...

Alejo. A sorprenderme! Oh qué gozo! Antes de una hora los voy á ver. Y qué ha dicho, qué ha dicho Gila? Qué le han parecido los chicos?

Pascual. Los chicos... Por el pronto ha visto á una señorita muy guapa.

Alejo. *(Frotándose las manos.)* Bueno! Bueno! Pero los otros... Háblame de los otros, de los chiquitines.

Pascual. Oh! los chiquitines... son unas criaturas.

Alejo. Crees tú que viviremos bien todos juntos...

Pascual Le aseguro á usted que no le incomodarán.

Alejo. Angelitos! Pero cuándo acaban de venir?

Pascual. Ellos vendrán si son de ley.

ESCENA IV.

DICHOS, *y* ANITA *vestida de muchacho con un tambor.*

Anita. (*Dentro.*) Batallon! Paso redoblado! *(Entra.)*

Quieren que yo sea un sabio,
y yo digo N, i, ni,
que con *mussa, mussæ* rabio,

sí;
y me apesta el *quis vel qui.*
No quiero ser Ciceron;
batallon!
que quiero ser capitan.
Plan, plan, rrran, plan, plan.
Oh, quién tuviera mostachos?
Yo estudiar? N, o, no.
Guerra! Guerra! Cien muchachos,
oh!
no arman el ruido que yo.
Suene el parche y el clarin.
Tiririn..!
Yo quiero ser capitan.
Plan, plan, rrran, plan, plan.

Pascual. Par diez...! De dónde nos ha venido este somaten?

Anita. Eh! Ustedes! Saben ustedes dónde está mi tio don Alejo!

Alejo. Aqui le tienes, hijo mio; yo soy.

Pascual. Sí, mi capitan. Este señor es don Alejo en persona. (Pues no decia don Miguel... Yo estoy en babia.)

Anita. Tan repanchigado en ese sillon...Tan...Parece una pandorga.

Alejo. *(Riéndose.)* Ah, ah... Qué gracioso! Qué mono! Ven á abrazarme.

Anita. Con mil amores.

Alejo. Cómo te llamas?

Anita. Aquiles.

Alejo. El nombre te viene de molde, porque tienes traza de ser un diablillo. Y cómo has venido aquí? Pascual me ha dicho que tu padre estaba con todos tus hermanos en Leganés, en casa de don Claudio Fernandez.

Anita. Pascual ha dicho eso? Pues es verdad.

Pascual. (Calle! Dígole á usted que hay mentiras afortunadas.)

Anita. Pero mientras papá charlaba encerrado en un cuarto con ese don Claudio, que es un vejestorio...

Alejo. No tanto. Es mucho mas jóven que yo.

Anita. No importa: es un viejo. Que hacemos nosotros? Nos escapamos sin decir oste ni moste.

Alejo. Bravo!

Anita. Allí se quedan los chiquitillos: aquí estamos yo, y Casimiro, y Geromo, y Cayetano, y Manolo, y Julian...

Pascual. Huy, huy, huy..! Pues son lo menos una docena.

Alejo. Pobres chicuelos! El deseo de verme...

Anita. Hemos trepado por la tapia de la huerta, descolgándonos por el emparrado.

Pascual. Adios, moscatel!

Alejo. Y estais todos ahí?

Anita. No señor. Los otros estan en la acequia grande, donde hay unas barcas. Manolo y Julian se han puesto á navegar. Julian es el almirante

Alejo. Pero tú has querido ver antes á tu tio...

Anita. Pues ya se ve! Y Geromo tambien; porque ha de saber usted que teniamos hambre.

Alejo. Por vida del chápiro... Y dónde está, dónde está Geromo?

Anita. Allá bajo, hácia el melonar... Se ha quedado comiendo nísperos, porque es muy goloso Geromillo, muy tragon...

Alejo. Y tú?

Anita. Oh! Yo no he querido, porque dice el refran: *quien nísperos come, y bebe cerveza, y espárragos chupa, y besa á una vieja, ni come, ni bebe, ni chupa, ni besa.* Batallon!

Alejo. Pero has visto un arrapiezo mas donoso, Pascual?

Anita. Mejor quiero otra cosa que se pegue al riñon.

Alejo. Bien, bien. Pascual, dale algo que coma á ese niño.

Pascual. Le daremos un pedazo de ese hermoso pastelon de liebre...

Alejo. Quieres callarte? Mi soberbio pastel, obra maestra de la posteridad de Ceferino... Cuidado con tocarme á él! Es manjar muy pesado para estas horas, y lo tengo reservado para... Dejémonos de bromas. Tráele cualquier otra cosa.

ESCENA V.

DON ALEJO. ANITA.

Alejo. Pero ahora me ocurre... No seria malo convidar á don Claudio. El tiene una aficion declarada á cosas

de pasteleria, y me ayudará á celebrar la llegada... Voy á escribirle dos letras... (*Se sienta á escribir. Anita coge la muleta, y cabalga sobre ella.*)

Anita. Escuadron! Por la derecha en batalla... (*Da vueltas alrededor de la mesa.*)

Alejo. Qué es eso? Qué estás haciendo?

Anita. Cargar á la infanteria. Al trote! Tatalará, laralá...

Alejo. Chico, chico! Que me mareas!

Anita. A galope! Me muero por un caballo, tio. Hace mucho tiempo que usted no monta?

Alejo. Qué pregunta!

Anita. A escape! A escape!

Alejo. Por Dios, hombre, que no me dejas escribir. Juega á otra cosa.

Anita. Bueno! bueno! Con tal que yo juegue...

(*Pone unas sillas sobre otras cerca de la mesa. Don Alejo escribe manifestando impaciencia, pero sin volver la cabeza hácia Anita, que acaba de agrupar las sillas y se prepara á subir sobre la mesa.*)

Mambrú se fué á la guerra:
mirandon, mirandon, mirandera.
Mambrú se fué á la guerra;
no sé cuando vendrá.
No sé cuando...

Alejo. (*Volviendo la cabeza.*) Eh, demonio, demonio! Que te vas á romper la crisma!

Anita. No hay cuidado. Estoy jugando á la fortaleza, y voy á dar el asalto. Pif, paf... Pum, pam, pum... Cómo se resisten los moros! Ah, perros. (*Derrriba todas las sillas con la muleta.*) Patatrum! Se desplomó la ciudadela.

Alejo. Ay, Dios de los ejércitos! Qué estrépito! Qué polvo! No me va á dejar títere con cabeza. Hijo de Tetis y de Peleo, no me toques á ningun mueble.

Anita. Toma! Pues entonces, cómo quiere usted que uno se divierta?

Alejo. Oh tierna infancia inocente!
Hé aquí tu afan, tu ventura...
Y acaso en la edad madura
es el hombre diferente?
Ciñe de lauro su frente
cuando aniquila y destroza,

cuando juega se alborota,
le irrita la dependencia,
le entusiasma la licencia,
y en el estruendo se goza.

(Mientras dice don Alejo la décima juega Anita con una pelota que ha sacado del bolsillo, y acabado el último verso da un pelotazo á la escribanía.)

Ay! Pues esta es mas negra, que me ha derramado el tintero sobre el papel! Eh! Vuelta á principiar la carta! Eres hijo de Lucifer? (*Coge á Anita del brazo y la hace sentar á su lado.*) Quieto, quietecito aqui. Diviértete sentado. Entiendes? Yo no sé dónde estoy! (*Gruñendo.*)Huum... *(Anita toma el tambor, y le toca con toda su fuerza. Don Alejo se levanta sobresaltado.)* Dios mio! Dios mio! No hay quien me favorezca? Calla, calla, maldito!

Anita. (*Tocando sin cesar.*) Pues no me ha dicho usted que me divierta sentado? Yo soy un muchacho muy obediente.

Pon, pon, pon.
Vivan los hijos de Marte!

Alejo. Basta, basta. Ay, san Anton!
Anita. Pon, pon, pon.
Alejo. Me iré á escribir á otra parte.
Calla, calla! Mal rejon...
Anita. Pon, pon, pon.

Alejo. (*Yéndose. Anita le sigue.*) Hola! Ambrosio! Pedro! Blas!

Sacadme de este salon.
Anita. Pon, pon, pon.
Alejo. Si son asi los demas,
ya pueden traer la Uncion.
Anita. Pon, pon, pon, pon, pon, pon.

ESCENA VI.

ANITA. GILA. PASCUAL.

Anita. Victoria! Victoria! Ya he puesto en derrota á mi tio.

Pascual. (*A Gila trayendo una rebanado de pan con dulce para Anita.*) Pues, como no estaba prevenido... Quién habia de adivinar... Jurado hubiera que estaban en casa los diez.

Gila. Quita allá, simple!—Qué tal, señorita, cómo vamos de tramoya?

Anita. Grandemente. Mi tio está que trina, y gracias á Dios, ya me aborrece de muerte. Pero es preciso llevar adelante la farsa. Vosotros ayudadme y obedecedme, si quereis que luego me empeñe con mi tio para que os case.

Gila. Sí, sí!

Pascual. Qué hemos de hacer?

Anita. Traedme por pronta providencia ese pastel.

Pascual. El pastel? Mire usted que es cosa muy séria un pastel! Se va á irritar don Alejo.

Anita. Qué! Si es tan bonacho...

Pascual. Oh! Yo le conozco bien, señorita.

Es filósofo á mi ver;
muchos le dan este nombre;
pero...

Anita. Bien: qué?

Pascual. Pero es hombre
á las horas de comer.

Anita. Bobada! Quieres tú casarte? Sí ó no.

Pascual. No he de querer, si me tiene esa zagala con un palmo de lengua fuera?

Gila. Pues bien, haz lo que te dice. *(Saca Pascual el pastel de un armario, y lo pone sobre la mesa.)*

Anita. Se trata de una conspiracion contra mi tio. Siéntate ahí, Gila: tú al otro lado, Pascual. Tenemos muy poco tiempo. Aquí del valor; aquí del apetito! Antes de ocho minutos es forzoso que desaparezca ese pastelon. Ea, muchachos! Manos á la obra. Yo vuelvo al instante.

ESCENA VII.

GILA. PASCUAL.

Pascual. *(Avanzando al pastel y cortando un buen trozo.)* Esa muchacha tiene el diablo en el cuerpo. Pero qué se ha de hacer? Vamos tragando.

Gila. Si lo sabe el señor.....

Pascual. *(Con la boca llena.)* No oiste lo que dijo? Yo quiero ser tu marido á todo trance. Qué haces tú, que no me ayudas? Quieres que lo devore yo todo? Todo? Toma; hinca el diente en ese tarazon; y á ver cómo me das cuenta de él.

Gila. Será preciso; que yo tambien deseo pasar á me-

jor estado. *(Comiendo.)* Pues á fé de Gila que es cosa de gusto. Y con trufas!

Pascual. No te entretengas en hablar, que oveja que bala bocado pierde. Atraca ese buche: déjate de melindres.

Gila. Si no puedo...

Pascual. Anda, que sabe Dios cuándo nos veremos en otra. No ves qué buen avío estoy yo dando... Oh! mi estómago tiene conciencia.

Gila. Pues ya ves que yo no te voy en zaga. Pero escucha: si esto es una conspiracion, como dice la señorita, ya ves tú que...

Pascual. Bah, bah! Conspiracion... de pastelería. Vamos, hija, buen ánimo! Lo que yo siento es...

Gila. Qué?

Pascual. Que me estoy atragantando, y nada se nos ha dicho en punto á beber.

ESCENA VIII.

DICHOS, *y* ANITA *con otro vestido figurando un muchacho gordiflon.*

Anita. Qué tal? Habeis consumido ya el pastelon?

Pascual. Todavia no, pero ya ve usted que no nos descuidamos. Vaya otro avance, Gila.

Gila. Ah! Siento venir al amo. *(Se levantan.)*

Anita. *(Empujándolos.)* Idos, idos; que no os vea!

Pascual. *(Con un trozo en la mano.)* No, pues... yo he de concluir este destacamento.

Anita. Corred... *(Se van corriendo.)*

ESCENA IX.

ANITA *sentada á la mesa, y figurando comer del pastel con mucha ansia, y* DON ALEJO.

Alejo. *(Apoyado en el brazo de un criado.)* Por fin he logrado escribir mi carta. Toma, Ambrosio: haz que se la entreguen á don Claudio. Parece que el intrépido Aquiles ha tenido á bien retirarse. Pero qué veo? Ese es otro.

Anita. *(Haciendo el simple.)* Buenos dias, tio Alejo.

Me han dicho que estaba usted escribiendo por allá dentro, y no he querido incomodarle.

Alejo. Bien; muy bien. (Este á lo menos no tiene traza de ser tan insurgente.) Y quién eres tú, hijo de mi alma?

Anita. Yo soy el que soy Geromo.

Alejo. Ah! Ya sé: el de los nísperos. Pero qué estas haciendo ahí?

Anita. Miá que pregunta! Pregúnteselo usted á este pastelon que me he encontrado en aquel armario.

Alejo. Ay San Cenon! Mi pastel de liebre!

Anita. Es que... yo tenia hambre, y me he comido un pedacito.

Alejo. Un pedacito? Gran Dios, y se ha engullido mas de la mitad! Ven aquí desventurado. Harto será que no tengamos indigestion. Y el buen Fernandez que vendrá tan ufano...

Anita. Diga usted, tio.

Alejo. Qué quieres?

Anita. Queria...

Alejo (Mirándole.) (No, no puede negar el aire de familia; pero me parece que ha de ser el mayor alcornoque...)

Anita. (Tirándole de la bata.) Tio!

Alejo. Qué quieres, hombre, qué quieres?

Anita. Queria saber á qué hora se come en esta casa.

Alejo. Demonio... No piensa mas que en comer. Pues no acabas de tragarte medio planeta, que tal parecia el enorme pastel?

Anita. Toma! Si no me ha llegado á un diente!

Alejo. Eliogábalo! Y antes te habias atracado de nísperos.

Anita. Bah! Tres ó cuatro docenas. Ciruelas... no las he contado. Lo que siento es no haber podido comer muchas pavías, porque estaban muy altas, y tenia que derribarlas á cantazos.

Alejo. Triste de mí! Bueno me habrá puesto el melonar que está debajo... Y el cenador de cañas, cubierto de jazmines...

Anita. Toma! Lo he desbaratado.

Alejo. Maldecido.

Anita. (Con risa de tonto.) No encontraba ninguna caña buena para hacer un chito...

Alejo. Y con qué tranquilidad lo dice el hijo de una... Sabes que eres un animal de bellota? Anda traéme aquí á tus hermanos, no haga el diablo...

Anita. El qué dice usted? Que los traiga?

Alejo. Sí, por la huerta andarán. Quiero veros á todos juntos. Corre.

Anita. Es que... á mí no me gusta correr.

Alejo. No importa. Eso te hará provecho. Así dijerirás mejor tu bestial desayuno.

Anita. *(Poniéndose la mano en el vientre.)* Es que no me da la gana, que yo no necesito... Ay! Ay! Tio! Ay! Tio! Ay! Yo estoy malo.

Alejo. Vírgen Santa! Qué tienes?

Anita. *(Llorando.)* Yo no sé lo que tengo, pero yo estoy malo.

Alejo. Pero qué sientes? Dí.

Anita. Qué me sé yo lo que siento? Pero yo estoy malo; yo me voy á morir. Ay... Yo me voy á morir.

Alejo. Jesus, Jesus... Vamos, dónde te duele?

Anita. En todas partes y en otra parte mas: en la tripa.

Alejo. Eh! No lo dije? un asiento, una indigestion... Hola! Ambrosio! Gila! Estamos frescos. Pascual!

ESCENA X.

DICHOS. PASCUAL. GILA.

Alejo. Pronto, pronto... Llevaos á este muchacho. Poned agua á calentar; dadle té...

Anita. *(Siempre llorando.)* Eh, eh... Yo no quiero té.

Alejo. Dios nos asista! Tómalo, hijito, que eso te curará.

Anita. Eh, eh... Yo no me quiero curar.

Alejo. Otra! Pues te morirás...

Anita. Yo no me quiero morir.

Alejo. Pero siqüiera una taza de té... Por los clavos de Cristo!

Anita. Yo no quiero té... ah, ah... si mi tio no lo toma primero delante de mí.

Alejo. Eso nos faltaba! anda al demonio.

Anita. *(Haciendo contorsiones.)* Eh, eh... Yo me pongo peor, y usted tiene la culpa, que no quiere curarme. Eh, eh. Yo se lo diré á papá.

lejo. Bien, hombre, bien. Tomaremos té los dos. Estás contento? justamente es contrario á mi temperamento. Anda, Gila, hazlo pronto, y me darás á mí una tacita. *(En voz baja.)* Muy ligera por Dios! Y llévate á ese mostrenco, que no le oiga yo mas!

nita. Eh, ge... (*Se va llorando con Gila.*)

ESCENA XI.

DON ALEJO. PASCUAL.

lejo. Capricho mas raro
quién lo ha visto? Quién?
Qué me dices de esto,
Pascual?

scual. Yo no sé.

ejo. Demonio de bicho!
Come mas que diez.
Y qué mal criado!
Qué mostrenco es!
Vamos, será fuerza
que trinque con él;
y yo que no puedo
soportar el té!

scual. Donosa ocurrencia!
Pues estamos bien
si quiere que en todo
le acompañe usted.
Mañana le mandan
que se purgue...

jo. Pues!
Querrá que su tio
se purgue tambien.

cual. Pero cómo se ha puesto tan malo? qué tiene?

jo. Un cólico espantoso. Pero qué mucho, si se ha nbuchado él solo la mitad de un pastel tan exoritante?

ual. Bah! Cosa de chiquillos. Si no es mas que eso que le ha hecho daño... le digo á usted que no le terrarán de esta hecha. Yo respondo de su salud.

o. Pues yo no. Cáspita! Con menos hay bastante ra dar un causon, no digo á él, sino á tí, que eres un hombre, pensando piadosamente.

Pascual. Qué dice usted! Ay, Vírgen de los Remedic
Alejo. La liebre es tan pesada en la mesa como lige en el campo; la pasta, y sobre todo fria y á est horas, es indigesta como un tarugo. Pues no di nada de las trufas, y las setas, y las ancas de rana
Pascual. (*Asustado.*) Todo eso tiene el pastel?
Alejo. Y qué sé yo cuántas cosas mas? Si es una en clopedia! Cuando yo digo que el chico nos ha de c que sentir... Y aun si hubiera bebido un poco vino..... Pero á secas..... Ya, ya! Quién le saca cuerpo...
Pascual. Ay, madre mia! Voy, voy corriendo á asi tirle. Le daré mucha prisa á Gila para que haga té, y yo lo tomaré por él.
Alejo. Cómo por él?
Pascual. Me he equivocado. Por usted queria decir.
Alejo. Ah! Bueno, bueno. Dios te lo pague. En eso harás un insigne favor.
Pascual. No, no es porque usted me lo agradezca, si que...
Alejo. No importa: me hará muy buen provecho t mándolo tú.
Pascual. Pues siendo así, celebraré mucho que ust se alivie.

ESCENA XII.

DON ALEJO. *Luego* ANITA.

Alejo. Qué familia, Dios mio, qué familia! Dígole á ted que están bien criaditos los muchachos! El u alborotador insoportable, el otro dotado de una b tialidad sin límites, y temo que los restantes... (*M rando adentro*) Eh? Qué apunte se aparece por a
Anita. (*De petimetre exagerado. Gran corbata, le te, etc., á la puerta.*) Eh, poquito á poco, seño mios! Yo no estoy hábituado á semejantes maner y no seré tan incoherente que me comprometa á gar con ustedes.
Alejo. Algun petimetruelo de Madrid...
Anita. (*Saludando con afectada elegancia.*) Disim usted, caballero, si no es del mejor tono la pregu que voy á tomarme la libertad de dirigirle, p

cuando uno se vé forzado á anunciarse á sí mismo... Es el dueño de esta casa de placer á quien tengo la honra de hablar?

Alejo. Sí señor.

Anita. El señor don Alejo Magallon, mi respetable tio?

Alejo. Oiga! Tambien es usted sobrino mio? (Ay mísero de mí! Un lechuguino de doce años!)

Anita. Soy, para lo que usted guste mandarme, el caballero don Casimiro García de Magallon, de quien usted habrá oido hablar indubitablemente. Como anunciaba yo desde pequeñito las mas brillantes disposiciones, soy el único de mis hermanos que se ha educado en París. Hace muy poco que salí del Liceo.

Alejo. Y allí habrá usted aprendido...

Anita. Un poco de cada cosa: lo bastante para que brille en los salones la universalidad de mis conocimientos.

Sin fatigar mi memoria
soy fuerte en literatura:
sé griego, latin, historia,
álgebra, física... oh gloria!
clínica y arquitectura.

Alejo. Oh! qué erudicion! qué ciencia! Y con la leche en los labios...

Anita. De qué sirve la esperiencia?

Alejo. Como...

Anita. Allá en Francia los sábios
se forman en diligencia.

Oh! Y, aunque no me toque decirlo, yo soy un jóven muy precoz. Los domingos cuando salia de la *pension* iba á casa de Mr. Dupré, rico negociante, corresponsal de mi papá. El buen Dupré tiene un hijo de doce años, á quien trataba yo con poca intimidad, porque no se atreve á salir de la esfera de muchacho, y esto es una especie de calamidad, caro tio. Yo preferia instalarme en el salon de la chimenea, alternando con los jóvenes de mejor tono. Oía, miraba, y cuando me veia solo delante de un espejo, ensayaba la imitacion de sus *maneras*.

Alejo. Oh! Con semejantes modelos...

Anita. Los escedo ya. Observe usted y oiga. (*Componiéndose el pañuelo del cuello, y con fatuidad.*) Hoy hace un tiempo muy díscolo. La alameda de Long-

champs está escandalosamente nauseabunda. A pr
pósito, ha visto usted esa llorona comedia de Misan-
tropía y arrepentimiento? A mí me ha cogido el tí-
tulo de medio á medio. Durante la representaci
he sentido una horrible misantropía, y despues u
verdadero arrepentimiento de haberla visto. (
qué drama tan soporífero! Y aquel marido... ta
comun, tan... Quite usté allá! Si está uno apesta
de ver maridos de esa calaña. Mugeres arrepent-
das, ya es otra cosa; es género mas escaso. Este sig
cuenta muy pocas Magdalenas.

Alejo. Ay, ay, ay! Mi sobrino Casimiro es un verda
dero papagayo.

Anita. Qué dice usted de mi *corbata?* Admire ust
la pericia arquitectónica de este nudo cisalpino

Alejo. Eh! qué entiendo yo de esas monedas?

Anita. No es maravilla. Reside mi tio (*Mirándole co
el lente.*) fuera de la corte, y, como dijo un literat
está dispensado de tener sentido comun.

Alejo. Cómo se entiende!.. Calla! Y me flecha el len
con un descaro...

Anita. (*Cantando.*) La tremenda ultrice espac
á blandir Romeo s'appresta...
Oh qué ária! Si usted se la hubiera oido cantar á
Malibran...

Alejo. Vamos, este es el peor de todos. Al fin los de
fectos de los otros son propios de su edad; pero este!

Anita. Yo he frecuentado los círculos mas célebres c
París...

Alejo. Y á mí...

Anita. He tratado familiarmente á las primeras n
tabilidades...

Alejo. Ya.

Anita. Se me cita con encomio en el *Petit courrier d
Dames...*

Alejo. Basta!

Anita. (*Cantando.*) Un último addio...
Los *tailleurs*... sastres, como dicen ustedes por ac
mendigan mi proteccion...

Alejo. No mas! No mas!

Anita. (*Cantando.*) Sorte secondamí...
Soy la delicia de las bellas, y la consternacion de l
maridos.

Alejo. Por Dios! Por Dios!
Anita. (*Cantando.*) Que esta alma audita, sí...

ESCENA XIII.

DICHOS. GILA. UN CRIADO.

Gila. Señor, señor!
Alejo. Qué traes tú, que vienes tan azorada?
Gila. Ay Dios mio! Los otros sobrinos de usted que estaban en el canal, Manolo, Julian, Celestino, Cristóbal...
Alejo. Qué ha ocurrido?
Gila. Un fracaso... una... Vírgen del Tremedal!
Anita. Ya comprendo. Alguna muchachada, alguna incongruencia de mis hermanos... Ya se vé, chiquillos sin mundo, sin ilustracion... Voy, voy á hacerles respetar. (*Mirando á Gila con el lente.*) Adios, alma mia. (*Presentando la mano á don Alejo con petulancia.*) Soy de usted, carísimo tio. Tairarí, tairirarí, tairarí. (*Se va bailando la mazurca.*)

ESCENA XIV.

DICHOS, *menos* ANITA.

Alejo. Vamos, qué venias á decirme?
Gila. Ay señor! Un naufragio! Los señoritos se han dado tan buena maña, que la escuadra se ha ido á pique.
Alejo. Qué me cuentas!
Gila. No es nada! Se han puesto la barca por montera.
Alejo. Ah! pobres criaturas!
Gila. Sosiéguese usted. No hay mas que una vara de agua. Ello sí, se han remojado de lo lindo.
Alejo. (*Al criado.*) Corre, corre! Que los muden á todos de piés á cabeza; que los abriguen bien. Cielo santo! Qué va á ser de mí? (*Vase el criado.*)
Gila. Han llegado otros dos ó tres chiquirritines... el resto de la familia menuda.
Alejo. No hay que hablarme de ellos.
Gila. Señor...
Alejo. No mas, no mas muchachos! Que vayan á escardar cebollinos.
Gila. Es que... Mire usted, viene con ellos una mocita tan aguda, tan linda, tan amable...

Alejo. No importa. Qué infernal lechigada de pelones! Buen Dios! No gana uno para sustos. Si hoy no coj[o] una enfermedad... Otra embajada?

ESCENA XV.

DICHOS. PASCUAL.

Pascual. Ay señor! Aquiles, aquel rapaz tan travieso, el del tambor...
Alejo. Ha caido tambien en el agua?
Pascual. En el agua? Al contrario.
Alejo. Cómo al contrario?
Pascual. Estaba con Geromo y Cayetano en aquel cuarto escusado donde tiene usted tantos papelotes...
Alejo. Bien; y qué?
Pascual. Les he visto abrir la ventana, y saltar al jardin uno detras de otro.

Aquiles, pobre chiquillo!
empujado por Geromo,
se ha dislocado un tobillo.

Alejo. Ah qué desgraciado soy!

Pascual. Y Geromo? Qué porrazo!
Como es tan torpe y tan plomo...
Si solo se ha roto un brazo
mi enhorabuena le doy.

Alejo. Ay! Acude, Gila, acude volando. (*Vase Gila.*) Pero cómo les ha dado ese diabólico pensamiento de saltar por la ventana?
Pascual. Toma! Porque la puerta estaba cerrada á la parte de afuera, y no podian parar en el cuarto á causa del humo.
Alejo. Y de dónde venia el humo?
Pascual. Toma! De los papeles que estaban ardiendo.
Alejo. Eso mas! Y cómo es que ardian los papeles?
Pascual. Toma! Porque Cayetano dejó caer sobre ellos una carretilla encendida, y por mas señas se ha abrasado toda la mano.
Alejo. Pecador de mí! Con que tenemos fuego dentro de casa? Bárbaro, y eso es lo último que me cuentas! Fuego! Fuego! Pronto, llama á los criados, á los vecinos... (*Vase Pascual.*) Si yo pudiera correr! Pero es imposible. La gota... No hace mas estragos

el cólera morbo que esa canalla menuda. Reniego de todos los muchachos pasados, presentes y futuros! Y aun hay cristianos que se atrevan á ser padres! Si fueran dos ó tres... pero diez, diez nada menos! No hay recurso. Acabarán conmigo. Lo peor es que mi sobrino va á llegar. Qué le diré? Misericordia! El agua, el fuego, la langosta de diez sobrinos... todas las plagas de Egipto llueven sobre mí. Y sin un criado que me socorra; sin haber quien siquiera me cuente... Misericordia!

ESCENA XVI.

DON ALEJO, *y* ANITA *en su propio trage.* (*Trae un libro, y lo pone sobre la mesa.*)

Alejo. Ah! quién es usted, señorita?

Anita. Su sobrina de usted, Anita.

Alejo. Sobrina! Acabaremos hoy? Me habian dicho que mi sobrino tiene diez hijos, y á buena cuenta creo que ya pasan de quince los que han tomado posesion de mi casa para hacerme bramar de desesperacion.

Anita. Señor, yo no vengo con semejante objeto. Al contrario, le traigo á usted buenas noticias.

llejo. Será posible! Pues bien, habla, hija mia. El fuego...

nita. Ha sido apagado al momento.

lejo. Respiro.—Y tus hermanos?

nita. Mis hermanos? Pronto los verá usted. Unos estan acostados, otros no se pueden mover; pero el médico ha dicho que no peligra la salud de ninguno de ellos.

lejo. Ah! Bueno.

nita. Gila, Pascual y mi hermanita Isabel están cuidándolos. Yo vengo á hacerle á usted compañía, á consolarle, y á calmar su inquietud.

ejo. Gracias, bella sobrinita, gracias. Ya veo que las hembras de esta familia valen mas que los varones... Y cómo has venido aqui?

ita. En la tartana de don Claudio. El viene á pié con mi padre...Yo los estaba esperando allí dentro en la biblioteca.

Alejo. En efecto: traías un libro... Oyes, eres tú otr sábia en abreviatura como tu hermano Casimiro?

Anita. Yo, querido tio, sé muy poco; pero usted, que e un sugeto tan instruido, tendrá la bondad de darm de cuando en cuando algunas lecciones...

Alejo. Cómo de cuando en cuando? Todos los dias. A como asi se me hacian tan largas las mañanas... Mu cho me alegro de tener tan linda discípula. Lo qu es música no te podré enseñar, porque no conozc una nota, dicho sea con perdon... En cuanto al bai (*Mostrando la pierna mala.*) ya ves tú qué pergeñ podrá ser el mio.

Anita. No hay que apurarse por eso. Justamente n hallo tal cual instruida en ambas cosas.

Alejo. Pues quién te ha enseñado...

Anita. Mi mamá. Ah! Si usted la hubiera conocido, r hubiera podido menos de amarla.

Alejo. Oh! En cuanto á eso...

Anita. Sí, amado tio. Era tan afable, tan cariñosa. Tu tio, me decia, es el mas bondadoso de los hom bres, el mas tierno de los parientes. Una sola vez e su vida ha sido injusto; y lo ha sido para conmig Si algun dia se digna abrirte sus brazos, pruébal Anita mia, que era yo merecedora de su afecto; se que yo misma te he enseñado á amarle, y sea es mi única venganza.

Alejo. (*Conmovido.*) Cómo! Eso te decia?

Anita. A cada momento. Y dicen que usted se lamen de vivir solo, aislado... Mi mamá hubiera embellec do esta soledad; hubiera servido á usted de consue y de alivio en su vejez... algo mejor que unos niñ como nosotros.

Alejo. Creo que tienes razon.

Anita. Qué podemos hacer nosotros en obsequio de t buen tio, como no sea amarle entrañablemente?

Alejo. (Pobrecilla! Será posible... Yo he sido severo demasía. Sí, no dudo que si ella existiera... Qué f liz sería yo teniendo á mi lado una muger amab virtuosa, jóven todavía! Por otra parte, mi sobrino esta angelical criatura... Sobre todo emancipándol de los otros, y aclimatándolos en la Escuela pia Infeliz! Haberla condenado sin verla, sin tratarl Tenia razon. He sido muy cruel.)

Anita. (*Que le ha observado.*) Qué tiene usted, tio?

Alejo. (*Con dulzura.*) Nada, Anita, nada. Necesito estar solo. *(Se separa Anita.)* Ah! Siento una pena... (*Anita vuelve á acercarse á don Alejo.*) Todavía estás ahí?.

Anita. Me iba, pero le oido á usted suspirar... y creia que me llamaba.

Alejo. (*Abrazándola.*) Sí, sí; estáte á mi lado. Tu vista mitiga mi dolor.

Anita. Qué haria yo para distraer á usted? Aqui no hay piano... Quiere usted que le lea...

Alejo. Sí, hermosa; lee un poco. Qué libro es ese?

Anita. (*Con cortedad.*) Tio... Son cuentos de hechiceras.

Alejo. Eres tú aficionada á cuentos?

Anita. Un poco. Y usted?

Alejo. Eh! No diré que no. A tu edad, y á la mia, suelen dominar los mismos gustos. Los viejos y los niños se parecen mucho: los estremos se tocan, y... Vamos, hija, ya te escucho. (*Don Alejo está sentado sobre su sillon con el pié malo sobre un taburete, en el cual se sienta Anita. Vacila un momento, le mira, muestra tomar ánimo y lée.*)

Anita. «Erase un tio que tenia cara de Neron, y sin embargo, era la suma bondad, la suma dulzura.»

Alejo. (*Sonriéndose.*) Oh! Pues eso no es cuento. Muchos hombres hay asi en el mundo.

Anita. (*Mirándole con mucha espresion.*) Sí, querido tio. «Y este tio tenia un príncipe, sobrino suyo, que ansioso de hacer fortuna se embarcó en un gran navío. Y fue lejos, lejos, á un hermoso pais, donde se estableció. Y en este pais habia una hechicera muy bonita que le dijo: tú solo vienes á buscar las riquezas, y, si quieres, yo te daré la felicidad, y el príncipe aceptó.»

Alejo. Yo hubiera hecho lo mismo.

Anita. «Y se casó con la hechicera, que por cierto era muy apacible; muy amorosa, pero muy pobre, y estaba escrito que no mejoraria de fortuna hasta que tuviera una docena de hijos.»

Alejo. Ah, ah... Singular es el cuento, vive Dios.

Anita. «Pero los pobrecillos no pudieron tener mas que una niña... muy donosa, muy bonita; eso sí..,

Alejo. Qué ruido ahora... En el momento mas interesante nos vienen á estorbar!

ESCENA ULTIMA.

DICHOS. DON MIGUEL *entrando de pronto.* GILA *y* PASCUAL *se quedan á cierta distancia y observan.*

Miguel. (Don Claudio se está charlando con un pasagero, no acaba de entrar, y mi impaciencia... Yo me presento, y sea lo que Dios quiera.) Querido tio!

Alejo. Mi sobrino! Mi sobrino! Ven á mis brazos.

Miguel. Viéndole á usted acompañado de mi hija, ya no dudo de su generosidad...

Alejo. Oh! Me tiene embelesado tu Anita. Preciosa muchacha! Será mi hija adoptiva. Pero voy á hablarte con franqueza, porque yo no adulo á nadie. Por lo que hace á los otros chicos... no estoy muy contento.

Miguel. Con que ya sabe usted...

Alejo. Sí, que era muy dificil conocer... Pero esta no es ocasion para regañar, porque como son de la piel del diablo... No sé cómo revelarte... No te asustes. Todos estan un poco indispuestos.

Miguel. Tio, usted se está chanceando.

Alejo. Sí, para chanzas estamos! Aquiles tiene una pequeña dislocacion en un tobillo, Geromo se ha lastimado un brazo... Tranqüilízate: el médico dice que no hay peligro. Manolo, Julian y otros dos se han caido en la acequia... pero repito que no hay cuidado.

Miguel. Vamos, tio; esa es una quimera...

Alejo. Tal parece, pero desgraciadamente no lo es. En cuanto á la indigestion de Geromo, no debes estrañar...

Miguel. (*Picado.*) Lo que estraño es verle á usted llevar adelante esa burla intempestiva, no ignorando mi situacion, y sabiendo que no tengo mas familia que mi muger y esta niña.

Alejo. Qué me dices!

Miguel. La pura verdad.

Alejo. Pero hombre, si yo he visto á los demas con mis propios ojos!

Pascual. (*A Gila acercándose.*) Veamos en que para esto.

Miguel. Usted ha visto á mis diez hijos?

Alejo. A los diez no, pero lo menos á cuatro ó cinco. (*Mirando á Anita.*) Qué es eso, señorita? Se está usted riendo? Calle! vosotros tambien... Sobrinita, hágame usted el favor de esplicarme este misterio.

Anita. Ya lo sabria usted todo si hubiera escuchado el fin de mi cuento.

Miguel. Cómo! Habras hecho tú alguna...

Alejo. Calla y atiende, que lee como un ángel.

Anita. «Pues, como iba diciendo, el encantador de quien su suerte dependia era aquel tio de quien hablamos antes. Y la hija de su sobrino, queriéndole probar al tio que un niño que nos ama es preferible á diez que nos hacen rabiar, tomó sucesivamente la figura y carácter de una caterva de muchachos, á cual mas insufribles... Y... y... desengañado, y enternecido el buen tio, respondió... El buen tio respondió...

Alejo. Adelante.

Anita. El indulgente y benéfico tio respondió...

Alejo. Vamos: qué?

Anita. (*Dándole el libro.*) Está rasgada la hoja, tio.

Alejo. Picarilla! Por fortuna leí yo en mis verdes años la tal novela, y si no he perdido la memoria, hé aqui lo que el buen tio respondió:

En un batallon de nenes
cifrando yo mi ventura
le inmolaba, qué locura!
mi paz, mi salud, mis bienes.
Tú á colmar mi dicha vienes;
tú vales, niña hechicera,
por una familia entera;
y, pues ya soy yermo frio,
sé tú para mí el rocío
de lozana primavera.

Miguel. Ah querido tio!

Anita. Tanta bondad!

Alejo. Volved á abrazarme. Ya nunca nos separaremos.

Anita. Qué gozo para mamá!

Alejo. Traédmela al instante.

Anita. El caso es que Gila y Pascual han entrado tambien en la conspiracion, y creo que los casan en el último capítulo de la novela. Se acuerda usted, tio?

Alejo. Eh .. No lo tengo muy presente... pero es pro-

bable. Todas las novelas acaban en un casamiento... (*A Pascual.*) Mañana el convite de boda.

Pascual. (*Mostrando el pastel.*) Ya hemos tomado un refrigerio á buena cuenta.

Gila. A propósito: hay agüeros...
Temo que tu fé se quiebre.
Ese pastel... Hombres fieros,
todos dais gato por liebre,
maridos y pasteleros.

Miguel. Solo un hijo tengo, y diez
me achacaban. Cielo Santo!
Mas del error no me espanto,
que á muchos padres tal vez
les sucederá otro tanto.

Alejo. (*A Anita.*) Por ser bella, y sin segunda,
conmigo te quedarás;
mas á tu madre dirás
que deje de ser fecunda.
No mas muchachos, no mas!

Pascual. (*A don Alejo.*) Diez esperabamos: no?
Y uno solo nos quedó.
Este es un engaño aleve.—
Quiere usted los otros nueve?
Cachaza, que aquí estoy yo.

Anita. Tímida, sin esperiencia,
Madrid! mírame á tus piés
esperando mi sentencia.
Ya que plauso no me des,
no me niegues tu indulgencia.

FIN DE LA COMEDIA.